

01. GENERAL- MENCEY

01.2. PUNTUALIZACIONES A LA URBANIDAD DEL ANIMAL PÚBLICO

... *La urbanidad es un tipo de sociedad que puede darse en la ciudad ... o no*
Manuel Delgado¹

Ese yo-no-se-qué, que es todo yo individual, tiene necesidad de ocuparse de lo exterior para tomar conciencia de sí mismo y fortalecerse; se nutre de lo que le altera
Tarde, Gabriel²-

Para Delgado la urbanidad es la generalización del juego, no de un juego, sino de “el juego”, que es el de la alteridad, esta también, generalizada. También la urbanidad, como tal, se hace acción, más bien “interacción” en el espacio público, en ese lugar donde los “practicantes de la sociabilidad urbana” ponen a prueba sus destrezas en el arte de ese enmascaramiento sorpresivo, de esa alteridad, de ese juego. Luego habla también de discreción, de dotes actorales siempre mediocrementemente mostradas aunque potencialmente inimaginables. Esta suerte de conformismo en “no ser nada” podría ser, sigue Delgado, un estado muy parecido a la libertad. Luego aquel que se conforma con ese no ser, esa suerte de anonimato, lo llama Manuel hombre-masa. Y aquí es donde yo me lío, por que si seguimos a Tarde, el que despliega ese *je-ne-sais-quoi*, ese yo-no-sé-que, no puede ser, por misma definición, hombre-masa. O se siguen las escurridizas normas de la *urbanité*, a lo diecisiete³, con tintes *honnêteté*, o se adscribe uno a ese *no-se-sabe-qué*, con tintes dandyficados a lo decimonónico. Se conforma uno y se hace hombre-masa, o hace uno un esfuerzo y se sacan la potencialidades de ese animal público que todos llevamos dentro. Esto es, se hace uno miembro de la multitud y se inventa su máscara, con los tintes de aristocracia de intemperie que haga falta, o se conforma uno con pertenecer a la masa y se hace ciudadano modelo jugando a un juego ya previsto, que ya no es ese juego de la alteridad, que es, al cabo, “el juego”.

Cuando Foucault interpreta el texto de Kant, “¿que es la ilustración?”, texto muy breve, aunque, hasta para el mismísimo Foucault, no siempre tan claro, nos dice que Kant, al leer la ilustración como una salida [*Ausgang*] ve en ella un proceso que nos liberaría del “estado de tutela” esto es, “cierto estado de nuestra voluntad que nos hace aceptar la autoridad de otros, para nuestra conducción en los dominios donde conviene hacer uso de la razón”⁴. Esta salida será, sin embargo, ambigua, será un proceso en desarrollo pero será, habrá de ser, una “tarea”, una obligación y un que hacer cotidiano. La divisa finalmente será, “atrévete a conocer”, “ten el coraje, la audacia de conocer”, sé, en suma, actor “voluntario” de ese mismo proceso. Entonces hay que matar la voluntad de ser tutelado en el uso de la razón en el terreno de lo público y despertar esa misma voluntad en la elección del papel a interpretar. Para salir de ese estado de tutela han de darse ciertas condiciones que no son más que las claras diferenciaciones entre el campo de la obediencia y el campo del uso de la razón, o lo

¹ DELGADO, Manuel: *El Animal Público*. Anagrama, Madrid 1999. Pág. 11

² TARDE, Gabriel, *L'opinion et la foule*. Félix Alcan. Paris, 1904. Pág. 142

³ Será Jean-Louis Guez de Balzac (1597-1654) quien acuñará por primera vez el término *urbanité*, se referirá a la coerción en el lenguaje, lo apropiado de las maneras, y el arte de la “broma fina”, esto es el sarcasmo elegante o la ironía afilada pero discreta. En suma, de las habilidades que habrían de darse en el habitante de la villa para evitar la reyertas. En, *Guez de Balzac et le génie Romain, 1597-1654*. Publications de L'Université de Saint Étienne.

⁴ FOUCAULT, Micheal: “¿Qué es la Ilustración?”. Traducción del texto escrito en 1984 y que permaneció inédito en la versión original hasta Abril de 1993, cuando fue publicado por la revista *Magazine Littéraire* en su número 309. Una traducción al inglés, posiblemente revisada por el autor del texto, se publicó en 1984 en el libro *Foucault Reader*, editado por Paul Rabinow (Pantheon Books, New York). http://www.catedras.fsoc.uba.ar/mari/Archivos/HTML/Foucault_ilustracion.htm

que es lo mismo, la distinción clara entre el uso privado de la razón, que debe ser sometido, y su uso público, que debe ser libre.

Esta lectura de la Ilustración no será, por supuesto, una descripción adecuada de la misma, pero, si será, y eso es lo que nos importa, el esbozo de lo que Foucault llama “la actitud de la modernidad”, y claro está que Foucault lo llama así siguiendo a Baudelaire. Esto es la modernidad como “actitud” y no “periodo de la historia”. Otra tarea, un “ethos”. Una “voluntad” de hacer heroico el presente que no puede limitarse a la *flanèurie*, por que el *flâneur* no es más que un espectador, y hay que actuar (como diría GGP), el fin del hombre de la modernidad debe ser más elevado, será algo más transformador, “La modernidad baudelairiana es un ejercicio en el que la extrema atención puesta en lo real se confronta con la práctica de una libertad que, simultáneamente, respeta y viola lo real”. La modernidad debe ser, además, un modo de relación que hay que establecer con uno mismo... es lo que Baudelaire llama, según el vocabulario de la época el “dandismo”. Otra tarea de elaborarse a sí mismo a “voluntad”.

Entonces podemos volver al principio, el animal público a lo Delgado podría ser el dandy a la Baudelaire, en su versión más transgresora, pero, digo yo, con cierto compromiso político. La matización del empleo público de la razón en un dandy no es otra que la elaborada teatralidad y puesta en escena, pero, al cabo, siendo plenamente libres en el uso de su entendimiento. Esta máscara, esta “performatividad cotidiana y transgresora”, al menos abierta a todas las posibilidades, es la que habría de desarrollar el animal público. El *ethos*, o tarea, del hombre público será una *actitud-limite*, no un rechazo, sino un colocarse en los límites, en las fronteras para, así con buena vista, reconocernos como sujetos de lo que hacemos, pensamos y decimos. Esto es, renovar el esfuerzo del indefinido trabajo de la libertad. Pero, “.. esta ontología histórica de nosotros mismos, debe apartarse de todos aquellos proyectos que pretenden ser globales y radicales”, esto es, que no hace falta proponer una revolución que de al traste con todo lo demás. La propuesta de Foucault es más bien llevar a término, “...un *ethos* filosófico propio de una ontología crítica de nosotros mismo, como una prueba histórico-práctica de los límites que podemos traspasar y, por ello, como trabajo de nosotros-mismos sobre nosotros-mismos, en la medida en que seamos libres” (analizando el poder, el saber y la ética).

Esta ontología crítica de nosotros mismos es una actitud, no una teoría, una tarea, no una doctrina, un *ethos*, una “vida filosófica en la que la crítica de lo que somos es, simultáneamente, un análisis histórico de los límites que nos son impuestos y un experimento de la posibilidad de rebasar esos límites”. Y esta impaciencia por la libertad es la que hace decir a Delgado, siguiendo a Anthony Giddens que es, precisamente, en el espacio de lo público donde se puede hacer la *modernidad radical*, esto es, avanzar la promesa de un proyecto aun por hacer, o sea, una tarea por concluir o, sino, seguir.

Entonces y siguiendo la estela de una arqueología de la *urbanité*, a lo Guez de Balzac, que construye la definición de la misma en la más absoluta indefinición, en ese explotado *je-ne-sais-quoi*, que misteriosamente retoma Gabriel Tarde y re-escribe Manuel Delgado, podemos, digo yo, llegar a esa tarea aun por hacer, esa modernidad radical que no es más que una actitud, otra vez, al animal público. Lo que pasa, que habría que puntualizar a este animal dotándolo de una capacidad más allá de la pura *flanèurie*, e insertarlo en la faena de hacerse a si y hacer un mundo.

Así pues creo que el espacio público o la esfera pública, en su concepción de lugar de intercambio de un montón de razones libremente constituidas, habría de estar equiparado al de aquellas personalidades que desarrollarán esa tarea; de trabajo sobre si mismos, o de ontología crítica sobre si mismos y una indagación constante de la manera de rebasar los límites que nos son impuestos, a saber: el *honnête homme*, o la *honnête femme* en el XVII, el dandy (siendo indistintamente el o ella o ambos) en el XIX y el animal público puntualizado (por definición un ser andrógino por su condición de liminalidad limbática) en el XX y XXI.